

EL REPARTO DE LA RIQUEZA EN RUSIA

Rusia ha pasado en un par de décadas de ser una superpotencia mundial a convertirse un imperio desmembrado. La crisis económica e institucional ha obligado a profundizar en las reformas hacia una economía de mercado, consolidándose un modelo de crecimiento basado fundamentalmente en la explotación de sus recursos naturales. Este modelo suscita dos cuestiones: en primer lugar, la visión *cortoplacista* a través de la explotación y exportación de materias primas con bajos índices de elaboración que proporcionan escasos efectos de dispersión sobre los restantes sectores productivos; en segundo lugar, y este es el tema que nos ocupa, el desigual reparto de la riqueza entre la población.

Del pasado soviético subsisten numerosas huellas que el entorno capitalista se está encargando de borrar de forma lenta y firme. En el anterior régimen, el todopoderoso Estado a través de los impuestos de las empresas abastecía todo un sistema de prestaciones sociales y asistenciales bajo el criterio de la universalidad. Estas incluían desde la calefacción hasta los alimentos, pasando por asistencia sanitaria y educación. Con los cambios de sistema económico, la dimensión del Estado, la forma de obtener sus recursos financieros y los criterios en la gestión del gasto han cambiado significativamente. Ello a pesar de que buena parte de esos servicios son suministrados por empresas que, aunque en algunos casos siguen siendo de naturaleza estatal, se rigen en la actualidad por las normas del mercado.

Nunca se pudo hablar de una Economía del Bienestar en la Unión Soviética, ya que si bien cumplía con el criterio de la universalidad, dejaba de lado el criterio de la calidad que los servicios públicos deben suministrar para incrementar el nivel de satisfacción de los ciudadanos.

En sistema soviético propició un sistema social bipolar en el que los burócratas adquirían *de facto*, aunque no *de iure*, un estatus social y económico diferenciado del resto de ciudadanos. Esto se traducía en una serie de privilegios que se fueron consolidando con el paso del tiempo y que poco a poco se hicieron conniventes con importantes niveles de corrupción.

Con el paso al nuevo sistema económico, las élites tenían la llave en los procesos de privatización, así como en la forma y velocidad en la que se habrían de efectuar las reformas. Se produjo, por tanto, una transferencia del poder burocrático al poder económico, sin que el ciudadano de a pie pudiese participar de los beneficios de alguno de ellos.

La nueva situación dio lugar a un incremento de las diferencias entre los poseedores de los medios de producción y los ciudadanos que, acostumbrados a la provisión de servicios públicos por parte del Estado, veían cómo la calidad de éstos decrecía a pasos agigantados o habían de sufragarlos a costa de sus exiguas rentas. Pero si en el cambio algún colectivo resultó perjudicado, estos fueron sin duda las clases rentistas, entendiendo como tales a los colectivos de jubilados, parados, viudas o huérfanos cuyos ingresos se revalorizaron en una parte insignificante de lo que lo hicieron los precios durante la década de los noventa. Así, el poder adquisitivo de un pensionista medio cayó a menos de una cuarta parte cuando no habían transcurrido dos años de la caída del Muro de Berlín.

En el nuevo reparto de la riqueza ocupan un lugar destacado los empresarios ligados al sector energético. Este sector es el que genera más de la mitad de las exportaciones rusas y alrededor de un cuarenta por ciento de su PIB. Dicho sector y otros muchos pseudorregulados por el Estado han dado lugar a la aparición de los llamados “nuevos ricos” que no son otros que los “viejos burócratas” y que hacen de

Moscú la ciudad con más mil millones por kilómetro cuadrado del mundo. Como no podría ser de otra forma, esta nueva “acumulación de riqueza” ha creado su propia demanda. Los almacenes GUM, junto a la plaza roja de Moscú son los que tienen el alquiler por metro cuadrado más alto del planeta y allí se dan cita todas las marcas exclusivas internacionales. Llevado al extremo, anualmente se organiza una feria para la presentación de productos únicos por parte de grandes firmas internacionales en Moscú cuya entrada asciende a 1000 dólares.

Otro elemento a tener en cuenta es la dispersión geográfica de la riqueza en Rusia. País de grandes contrastes, ha visto en los últimos años cómo las diferencias territoriales y sociales se polarizan cada vez más. Regiones periféricas se distancian cada vez más de la renta media del país, tendiendo hacia economías de subsistencia o autoabastecimiento, mientras en las grandes ciudades, las regiones ricas en recursos naturales y sobre todo Moscú, crecen muy por encima de la renta media del país. El ingreso promedio de Moscú multiplica por treinta el disponible en algunas regiones de Siberia. En la actualidad, la renta por habitante (en términos de paridad de poder adquisitivo) de Rusia es inferior a la de Polonia y no llega a la mitad de la de España.

A pesar de los hechos descritos, en las grandes ciudades el comercio y el turismo están desarrollando pequeños negocios y propiciando la aparición de una incipiente clase media con un claro enfoque emprendedor que a menudo choca con las rígidas regulaciones estatales.

Rusia crece, pero, ¿cómo se reparte ese crecimiento? En lo que va de siglo el crecimiento anual acumulativo medio está cercano al 6%. Los incrementos en los precios energéticos imponen un signo positivo a su balanza y también recibe inversiones internacionales. La inversión extranjera directa con destino a Rusia ha crecido hasta situarse tras China en el *ranking* de expectativas empresariales de A.T Kearney. Alcoa y Coca-Cola consideran que es el país que cuenta con mayor potencial de crecimiento de la demanda interna y que, por tanto, ofrece más posibilidades de crecimiento rápido. Sin embargo, fuera de los beneficios que pueda repartir entre la población los puestos de trabajo generados por empresas multinacionales, agricultores o pensionistas siguen viviendo su particular calvario.

Como salida a esta situación en la que parece que Rusia camina inexorablemente a ser un país de “ricos y pobres”, la religión ortodoxa rusa conoce un nuevo amanecer en el que cada vez cuenta con más practicantes y más implicación social y política, pudiéndose haber convertido en una de las válvulas de escape de los desheredados del imperio ruso.

Quizá los importantísimos problemas medioambientales que han llevado entre otras consecuencias a la desaparición de tres cuartas partes del mar de Aral y la desaparición de toda su flora y fauna sean otra muestra de cómo una parte de la población se sustenta con un desarrollo económico agresivo con cuanto le rodea. Sea como fuere, quienes ostentaban en el pasado el poder político ahora tienen también el económico y los que nunca tuvieron ni uno ni otro tendrán que seguir discutiendo si cualquier tiempo pasado fue mejor.